



## REFLEXIONES ACERCA DEL OFICIO DEL HISTORIADOR O EL ARTE DE HACER HISTORIA

### REFLECTIONS ABOUT THE TRADE OF THE HISTORIAN OR THE ART OF MAKING HISTORY

Susana BANDIERI\*

**RESUMEN:** Este breve artículo de opinión se inspiró en la lectura de un libro de Fernand Braudel, *Las ambiciones de la Historia*, publicado por su familia varios años después de su muerte, que contiene los textos de las charlas que el célebre autor compartió con sus compañeros de prisión en el campo de concentración de Maguncia (1941-1942). Las notas de aquellas charlas, volcadas en cuadernos manuscritos por los prisioneros, fueron revisadas por Braudel en 1944, pocos meses antes del final de la guerra, pero nunca se publicaron. Estos textos muestran claramente la diferencia entre la historia entendida como el simple relato de los hechos y aquella que penetra en los procesos mucho más complejos. Tales diferencias se convirtieron entonces en el eje sobre el que giran estas reflexiones sobre el oficio de historiador y el arte de hacer historia.

**PALABRAS CLAVE:** construcción, conocimiento, histórico, explicación, complejidad, interdisciplina.

**ABSTRACT:** *This short opinion piece was inspired by reading a little-known book by Fernand Braudel, *The Ambitions of History*, published by his family several years after his death, which contains the texts of the talks that the famous author shared with his fellow prisoners in the Mainz concentration camp (1941-1942). The notes of those talks, written down in notebooks handwritten by the prisoners, were reviewed by Braudel in 1944, a few months before the end of the war, but they were never published. These texts show very clearly the difference between history understood as the simple account of the facts and that which penetrates the much more complex processes. Such differences then became the axis on which these reflections on the profession of historian and the art of making history revolve.*

**KEYWORDS:** *construction, knowledge, historical, explanation, complexity, interdisciplinary.*

---

\* Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, Patagonia argentina. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0766-8516>. C. e.: [susana.bandieri@gmail.com](mailto:susana.bandieri@gmail.com).

Hace ya varios años, un conocido maestro de historiadores argentinos, José Luis Romero, decía estas sabias palabras: *A nadie le interesa verdaderamente el pasado y nadie entiende verdaderamente el pasado si no le apasiona el presente y el futuro. Si no, el pasado no parece sino el Orco, un mundo gris de fantasmas.*

No obstante esta idea, casi siempre compartida en el ámbito de la disciplina, la creencia popular suele hacer del historiador un buscador de papeles viejos, un buceador del pasado remoto —cuanto más remoto, mejor—, que tiene la misión de acercarse a los hechos acontecidos con la *mayor objetividad posible*, sin distanciarse de los documentos o, dicho en otros términos, describir las cosas *tal como han pasado*. Nada más lejos de lo que debería ser la verdadera tarea de construir conocimiento histórico<sup>1</sup>. Pero veamos de dónde viene esa creencia sobre el oficio del historiador, bastante generalizada, por cierto.

Avanzado el siglo XIX, una nueva corriente filosófica, propuesta por Auguste Comte, inundó la concepción que por entonces se tenía de las ciencias. El positivismo —como se llamó a la nueva doctrina—, entendía que las ciencias relacionaban entre sí *hechos* ciertos, efectivos y verdaderos. Existía una ciencia en la medida en que hubiera un hecho específico que la justificara y distinguiera. De allí que toda ciencia debía tener un nombre inconfundible<sup>2</sup>.

En el caso de la historia, el positivismo hizo del hecho histórico, del *acontecimiento*, el centro material de la disciplina. La sucesión indefinida y lineal de acontecimientos formaba, en suma, la trama de la historia. La prudencia científica y el férreo sometimiento a las fuentes era la consigna; ni siquiera se sospechaba que los documentos escritos pudiesen no ser el único material de la historia. Por eso, los pueblos que no tenían escritura pertenecían a la Prehistoria —o sea, antes de la historia—.

Los acontecimientos reflejaban lo singular, la cotidianeidad, hablaban de hombres, batallas y fechas. Una historia rica en incidentes, en emociones, armada sobre la inmediatez —a veces atrapante, por cierto— de los acontecimientos. Todavía se recurre a esa historia —y a su fuerte poder de penetración social— (obsérvese, si no, el éxito de público de algunos de los tantos libros y programas televisivos que están de moda, por ejemplo). Bienvenidos sean, de todos modos, si logran instalar el gusto popular por la historia. Pero pensemos, ¿qué es más importante: conocer los detalles de las invasiones inglesas —¿cómo desembarcaron, cuántos eran, cómo se defendió el pueblo de Buenos Aires, si es cierto que arrojaron aceite hirviendo a los invasores—, o saber por

---

<sup>1</sup> Cabe señalar aquí el doble significado que suele atribuirse al vocablo «historia». Por una parte, la historia como realidad en la que el hombre está inserto, las cosas sucedidas (*res gestae*). Por el otro, el conocimiento y registro de esas situaciones y sucesos, es decir, el estudio de esos hechos, la relación de las cosas sucedidas (*rerum gestarum*). A este último significado, vinculado a la investigación y a la escritura de la historia, que siempre lleva implícitos contenidos subjetivos de quien escribe, nos referiremos en este trabajo. Debe saberse que, aún en aquellos historiadores que pretenden aferrarse a una historia narrativa, limpia de toda carga ideológica, este contenido está presente [FONTANA, Joseph (1992): *La Historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, p. 17].

<sup>2</sup> ARÓSTEGUI, Julio (1995): *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, p. 21.

qué vinieron los ingleses al Río de la Plata y relacionar ese hecho con la historia profunda del imperialismo británico, sus intentos por colonizar otros espacios y conseguir nuevos mercados para su creciente desarrollo industrial? Claro, es menos interesante y no tiene *rating*, pero es lo que nos permite *comprender* lo profundo de los procesos históricos y avanzar más allá de los acontecimientos. La historia no es el relato de los hechos, es mucho más que eso. Por cautivadores que sean los acontecimientos, nunca representan totalmente la historia de un tiempo dado; nos muestran sólo la superficie, lo que sorprende, lo que divierte, lo que asombra... Pero la historia no debe ser solo un relato de acontecimientos, sino su *explicación*.

Otro maestro de historiadores, solo que francés, tenía ideas muy claras al respecto. Una vez, durante la Segunda Guerra Mundial, en oportunidad de brindar una de las tantas charlas sobre su oficio de historiador a sus compañeros del campo de concentración de Maguncia, entre los años 1941 y 1942, Fernand Braudel narra esta sugestiva imagen:

*Me ocurrió una noche, en el estado de Bahía [Brasil], en que me vi atrapado bruscamente en medio de una prodigiosa invasión de luciérnagas fosforescentes. Estallaban por todas partes sin parar, a diferentes alturas, innumerables, en haces al salir de los bosquecillos y de las cunetas de la carretera, como cohetes, aunque demasiado breves, sin embargo, para iluminar el paisaje con nitidez. Los sucesos son como esos puntos de luz. Más allá de su resplandor más o menos intenso, más allá de su propia historia, hay que reconstruir todo el paisaje de alrededor: el camino, la maleza, el altobosque, la polvorienta laterita rojiza del norte brasileño, los declives del terreno, los escasos vehículos que pasaban y los borricos, mucho más numerosos, con sus pesadas cargas de carbón de piedra, y por último las casas de los alrededores y los cultivos. De allí la necesidad, ya lo ven, de rebasar la franja luminosa de los acontecimientos, que es solo una primera frontera y a menudo una pequeña historia por sí sola<sup>3</sup>.*



La tarea consiste, justamente, en rebasar este margen inicial de la historia, el de los actos dramáticos y breves: *Una batalla, una reunión de hombres de Estado, un discurso importante, una carta capital, son instantáneas de historia [...], pero no nos sacan por sí solas de la oscuridad*, nos dice el mismo Braudel<sup>4</sup>. Ahora bien, ¿esto quiere decir que el historiador debe descartar los hechos? En absoluto. En cualquier trabajo de investigación histórica lo primero a lo que se recurre es a los documentos —que no son otra cosa que la manifestación escrita por los contemporáneos de los acontecimientos producidos—. A través de esa documentación —que se encuentra en los archivos, en la prensa de la época, en las crónicas y memorias de los protagonistas—, comienza el primer trabajo del historiador, el de su inventario y crítica. Una vez registrada

---

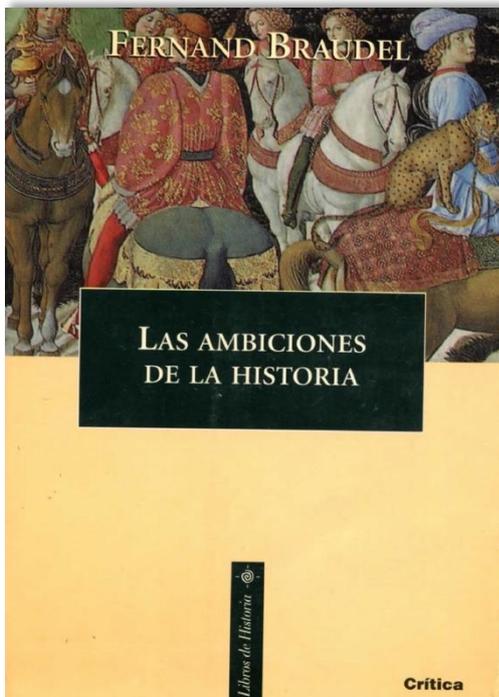
<sup>3</sup> BRAUDEL, Fernand (2002): *Las ambiciones de la Historia*, Barcelona, Crítica, pp. 29-30.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 23.

y ordenada la información obtenida, el producto final puede convertirse en una obra histórica en sí misma, y de hecho lo hace muchas veces. Sin embargo, como dijimos, la investigación histórica no debería quedarse solamente en el relato, ni siquiera en el relato de los grandes acontecimientos, aquellos que acarrear las mayores consecuencias, en número y en importancia, sino que debería esforzarse en el intento de alcanzar una *explicación*. Pero ¿cómo distinguir lo accesorio de lo principal? ¿Cómo salir del estrecho marco del hecho aislado, de la *coyuntura*, para explicar los procesos históricos en toda su complejidad? Por lo pronto, superando la historia de los individuos, de lo singular, para apuntar a la historia del colectivo social. Braudel daba un ejemplo a sus compañeros de infortunio:

*La historia de un campo de prisioneros es un haz de historias particulares [...] la de cada uno de nosotros, delgados hilos de agua, sucesiones de actos, de pensamientos difíciles de reconstruir. Es también la historia de incidentes como pueden ser una evasión, una pelea [...]. Y también en este caso resultaría difícil esclarecerlo del todo, porque abundarían los testigos, abundarían las versiones, enfrentaríamos dificultades para concretar el día, la hora, las responsabilidades exactas. Sería más fácil reconstruir nuestra historia colectiva, las condiciones de nuestra vida material, los períodos sucesivos de nuestra vida moral. Con una docena de testimonios, una visita al lugar de los hechos, dos o tres buenas correspondencias y algunas estadísticas se podría hacer una reconstrucción perfecta [...] y entonces estaríamos en un terreno sólido<sup>5</sup>.*

Si a todo esto, agrega quien escribe, le unimos una correcta contextualización acerca de lo que significó el nazismo en la historia alemana y en la historia mundial, para desprender de allí el por qué de la existencia de los campos de concentración, nos acercamos al verdadero oficio de hacer historia.



Como veníamos diciendo, a partir del triunfo del positivismo las ciencias sociales sufrieron una aguda fragmentación, y la historia pasó a ser la encargada del conocimiento del *pasado*. Ahora bien, volvamos a las palabras de Romero que citamos al comienzo: ¿el pasado por el pasado mismo? ¿O el pasado como forma de preguntarnos sobre el presente? Y, si es así, ¿cómo hacerlo? Primero y principal, no perder de vista la idea de totalidad que debe estar presente en toda aproximación histórica. ¿Esto significa que el historiador debe conocerlo todo? No, en absoluto, pero debe ser especialmente cuidadoso en no mirar todo con una sola lente. Es decir, puede in-

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 24-25.

teresarse por aspectos puntuales, que tengan que ver con la historia del pensamiento, de la política, de la economía o de la cultura, entre otros, pero debe tener siempre presente que por significativas que sean esas miradas son sólo vistas parciales de la realidad, que no la explican por sí sola, aunque se aproximen a ello. También debe saber el historiador que no está solo en el intento, cuenta con las otras ciencias que comparten con la historia un mismo objetivo: el estudio de lo social. Unas y otras tienen similares preocupaciones y problemas, aunque sus métodos sean diferentes. La arqueología, por ejemplo, trabaja con fuentes materiales —objetos, utensilios, restos óseos—, la historia con documentos escritos, pero una y otra comparten el interés por conocer el funcionamiento de lo social. Otro ejemplo: la historia trabaja, más que otras ciencias, sobre la coordenada temporal —el tiempo bajo todas sus formas reales—, pero no puede desconocer las relaciones de la sociedad, con el espacio que habita, para lo cual necesita del auxilio de la geografía. Pero de una geografía que tampoco debe limitarse al conocimiento físico del espacio, sino a la íntima relación que existe entre este y la sociedad, donde ambos interactúan y modifican sus comportamientos a lo largo del proceso histórico. En fin, la lista de las conexiones posibles sería interminable.

El triunfo útil, pero peligroso, de las especialidades hizo que el estudio único de la sociedad estuviera fragmentado en tantas ramas diferentes como ciencias sociales hay. Sería ilusorio plantear hoy la existencia de una ciencia social global o total, así como sostener la pretensión de cualquiera de las ciencias sociales en erigirse en ciencia hegemónica de la sociedad y del hombre<sup>6</sup>. No se trata de derrumbar fronteras; el gran desafío es saber superarlas y compartir los problemas en verdaderos esfuerzos interdisciplinarios. Y eso sin olvidar, además, la necesidad de construir una historia renovada, que renuncie al eurocentrismo, se ocupe de todos los hombres y mujeres, de los ricos y de los pobres, y que abarque tanto la diversidad de los espacios y de las culturas como la de los grupos sociales, lo cual obligará, sin duda, a corregir buena parte de las versiones todavía vigentes.

---

<sup>6</sup> CARR, Edward H. (1983): *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, p. 66.